

y era necesario retrogradar para hallar un punto de apoyo, y Napoleon consideraba todo paso retrogrado como el principio de una caída completa.

CAPITULO V.

Sus tardías proposiciones no habiendo sido admitidas, Napoleon calcula sus fuerzas, renueva los recuerdos de Tilsit y Erfurt, y reúne noticias inexactas sobre el caracter de su rival. Piensa unas veces que Alejandro cederá á la vista de una invasion tan amenazante; otras, dejándose llevar de su imaginacion conquistadora, la despliega con placer desde Cadiz á Kasan, y cubre toda la Europa. Su genio parece no se complace sino en Moscon; esta ciudad se halla á ochocientas leguas de él, y ya toma notas sobre ella como si la hubiese de ocupar al dia siguiente. Un médico frances venia de aquella capital; le preguntó sobre las enfermedades que reinan en ella, remontando hasta la epidemia que en otro tiempo la habia de-

solado, queriendo conocer el origen, progresos y fin de esta peste. Las respuestas de este médico le satisfacen y le agregó á su servicio.

Sin embargo, conociendo el peligro á que se expone, busca á rodearse de todos los suyos: hasta Talleyrand fué llamado, debiendo ser enviado á Varsovia; mas los zelos é intrigas de un competidor, lo arrojaron nuevamente en la desgracia. Napoleón, engañado por una calumnia urdida sagazmente, creyó haber sido vendido; su cólera fué extrema y su expresión terrible; en vano quiso Savary ilustrarle por mil medios que continuó hasta nuestra entrada en Wilna, donde este ministro remitió al emperador una carta de Talleyrand, en que demostraba la influencia de la Turquía y de la Suecia sobre la guerra de Rusia, y ofrecia su zelo para estas dos negociaciones.

Napoleón no respondió sino con una exclamacion de desprecio: «¡Este hombre se cree bien necesario, piensa ins-

truirnos!» y mandó á su secretario pasase esta carta precisamente al ministro mas empeñado en desacreditar á Talleyrand.

No sería exacto el decir que todos los que rodeaban á Napoleón vieron esta guerra con inquietud, antes bien se vió el ardor de muchos militares, tanto en palacio como fuera, responder á la política de su gefe; la mayor parte convenian en la posibilidad de conquistar la Rusia, fuese porque su esperanza anhelaba alguna cosa segun las respectivas situaciones, fuese porque habían tomado el entusiasmo de los Polacos, ó que esta expedicion debiese tener buen éxito; fuese en fin que temiendo á Napoleón todo lo creían posible.

Entre los ministros del emperador algunos desaprobaban; la mayor parte se callaron, uno solo fué tachado de adulator aunque infundadamente: habíasele oido repetir, «que el emperador no era bastante grande y debia serlo todavía mas

para poder detenerse. » Mas este ministro era realmente lo que tantos cortesanos aparentan ser; tenia una fe verdadera y absoluta en el genio y en la estrella de su soberano.

Equivocadamente se imputa á sus consejos una parte de nuestras desgracias; pues Napoleon no podia ser influido, y desde que su objeto era conocido y que marchaba hácia él, no admitia mas contradicciones; parecia no querer acomodarse á lo que no adulaba su determinacion, desechando con humor y con aparente incredulidad toda noticia desagradable, como si temiese dejarse conmover por ellas. Esta circunstancia natural cambió de nombre segun su fortuna, siendo dichoso se llamó fuerza de caracter, una vez desgraciado ya fué ceguedad. Esta disposicion conocida, condujo algunos subalternos á hacerle relaciones inexactas, y aun un ministro se creyó á veces obligado á guardar un silencio perjudicial. Los primeros abultaban las

esperanzas de buen éxito por imitar la arrogante seguridad del gefe, y por manifestarle en su aspecto la impresion de un presagio dichoso; el segundo callaba algunas veces las malas noticias para evitar, segun dice, los rechazos que sufría al comunicarlas.

Pero este temor no tuvo influencia sobre Caulaincourt y muchos otros, ni menos sobre Duroc, Daru, Lobau, Rapp, Lauriston, ni á veces sobre Berthier. Estos ministros y generales, cada cual en lo que le concernia, no ocultaban la verdad al emperador; si este se irritaba, Duroc sin ceder se excudaba con la impasibilidad. Lobau resistia con vigor; Berthier suspiraba y se retiraba con lágrimas en los ojos; Caulaincourt y Daru, el uno pálido, y el otro coloreado por la cólera, rechazaban las vivas denegaciones del emperador; el primero con impetuosa porfia, y el segundo con una firmeza clara y seca. Se debe ademas añadir que estas animadas discusiones, no

tuvieron jamas consecuencias desagradables; un instante despues se reunian, y Napoleon les manifestaba nuevas señales de estimacion por la noble franqueza que le habian mostrado.

He dado todos estos pormenores porque son poco ó nada conocidos, porque Napoleon en el interior no se parecia al emperador en público, y que esta parte del palacio ha quedado secreta: en esta corte nueva y circunspecta se hablaba poco, todo estaba severamente ordenado de modo que un salon ignoraba el otro. En fin, porque no se pueden conocer los grandes acontecimientos de la historia sin penetrarse bien del carácter y costumbres de sus principales personages.

A esta sazón se declaró en Francia una grande carestía, tomáronse las precauciones convenientes, y estas medidas aumentaron el temor universal; la avaricia siempre acechando las ocasiones de hacer fortuna, se apoderó de los granos á un precio muy bajo, y esperaba que la necesi-

dad viniese á redimirlos á peso de oro; entonces la alarma fué general; Napoleon hubo de suspender su marcha: lleno de impacienia, instigaba su consejo, pero las medidas que debian tomarse siendo muy graves, su presencia era necesaria; y esta guerra en que cada instante perdido era irreparable, se retardó dos meses.

El emperador no se arredró con este nuevo obstáculo, además que esta dilacion daba el tiempo de crecer á las mieses de los Rusos, con las cuales alimentaria su caballería, el ejército llevaria consigo menos equipages, y el viage siendo mas desembarazado será mas rápido, alcanzará al enemigo, y esta grande expedicion, como todas las demas, se resolverá por medio de una batalla.

Tal era su esperanza; sin confiarse á su fortuna calculaba el poder de ella sobre los otros, entraba en la evaluacion de sus fuerzas, y la ponía por donde faltaba lo demas, aumentándola á lo que sus medios no alcanzaban, sin temor de

consumirla á fuerza de servirse de ella, bien seguro de que sus aliados y sus enemigos creerian en ella todavía mas que él; sin embargo, se verá que en esta expedicion fué demasiado confiado en este poder, y que Alejandro supo evitarlo.

Tal era Napoleon, superior á las pasiones humanas por su propia grandeza, y tambien porque le dominaba otra mas grande; pues estos dueños del mundo, ¿lo son acaso nunca de sí mismos? Sin embargo, iba á derramarse sangre, pero los fundadores de los imperios anhelando solo por seguir su rápida carrera, caminan directamente hácia el fin que se proponen, cual es el destino cuyos ministros pretenden constituirse ellos mismos, sin que les detengan guerras, terremotos ni todas las demas calamidades que nos envia el cielo sin dignarse descubrirnos los altos fines que con ellas se propone.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Habiéndose concluido el tiempo de deliberar y llegado por fin el de obrar, el 9 de marzo de 1812, Napoleon siempre triunfante hasta entonces salió de un palacio donde no debia volver sino vencido. Desde Paris á Dresde su marcha fué un triunfo continuo: debia primeramente atravesar la Francia oriental y esta parte del imperio le era adicta, y bien al contrario que el oeste y el sur, no le conocia sino por sus triunfos y beneficios: egércitos numerosos y brillantes atraidos por la fertilidad de la Alemania y que creian marchar hácia una gloria pronta y segura,